



TAILANDIA

La junta militar se afianza en el poder

El pasado 22 de mayo, el general Prayut Chan-Ocha, jefe de las FF.AA. tailandesas, protagonizó un golpe militar incruento. Tras detener a la ex Primera Ministra Yingluk Shinawatra y a las principales figuras de su gabinete, los militares disolvieron el parlamento y establecieron el toque de queda por tiempo indefinido. La asonada militar fue sancionada por el anciano rey Bhumibol, quien reconoció al general Chan-Ocha como líder de la nación.



En los cinco meses transcurridos desde el golpe, la junta militar, autodenominada Consejo Nacional para la Paz y el Orden (CNPO) ha ido reforzando su presencia en las instituciones. Así, el general Prayut Chan-Ocha, además de ser el líder del CNPO, ha constituido un gobierno y se ha autonombrado Primer Ministro. El actual gobierno lo integran únicamente militares y tecnócratas, sin que haya en él ningún político. En agosto se constituyó un nuevo parlamento, en el que tampoco hay ningún político profesional, ya que todos sus miembros son también tecnócratas y militares.

La razón del golpe militar fue acabar con el clima de creciente crispación, violencia y polarización política vivido en Tailandia desde diciembre de 2013. Entonces era Primera Ministra Yingluk Shinawatra, cuyo partido, Pheu Thai, había ganado por mayoría absoluta las elecciones legislativas celebradas en 2011. Yingluk aprovechó el tirón de su hermano Thaksin Shinawatra, quien también ejerció el cargo de Primer Ministro en el periodo 2001-2006, siendo en septiembre ese último año derrocado por un golpe militar. Desde entonces vive en un dorado exilio en Dubai ya que, de pisar suelo tailandés, se arriesgaría a ir a la cárcel por tener causas pendientes por corrupción y abuso de poder. Toda esta sucesiva serie de victorias electorales de la familia Shinawatra ha constituido un duro revés para el “establishment” político tradicional del país, que está integrado por el ejército, la monarquía y las clases medias

urbanas, en contraposición a los votantes del empobrecido centro y norte de Tailandia, mayoritariamente campesinos, entre los que Thaksin mantiene una enorme popularidad. La asonada, pues, debe de ser vista como un restablecimiento al frente de la política tailandesa de quienes la han controlado entre los años ochenta y 2001. Una Asamblea Constituyente está ahora mismo redactando una nueva constitución que, posiblemente, sólo deje participar en futuras elecciones legislativas a partidos políticos vinculados a las FF.AA. –lo que por otro lado ha sido una constante entre 1992 (año del restablecimiento de la democracia) y el año 2001, en el que empezó a ganar elecciones el clan Shinawatra. Una vez terminada la nueva constitución se fijará fecha para las nuevas elecciones legislativas, aunque no es probable que éstas se celebren antes de 2016. Como se ve, los militares no tienen, pues, intención de ceder el poder tan rápidamente.

A corto plazo, el golpe ha traído consigo el retorno a la estabilidad política perdida en los seis meses previos. Sin embargo, está por ver si se mantiene en el medio y largo plazo, ya que va a ser muy difícil que los militares logren reconciliar a un país tan polarizado como Tailandia, por lo que es posible que en cuanto se celebren elecciones y los militares bajen la guardia, se reanuden los enfrentamientos entre los partidarios y detractores del clan Shinawatra.

A nivel económico, la junta militar ha tomado una serie de medidas para reactivar el crecimiento económico y prevenir la aparición de tensiones. Así, por ejemplo, se han revitalizado proyectos de inversión en infraestructuras por valor de unos 22.000mill.\$, que se habían paralizado en los meses previos al golpe a causa de la situación de inestabilidad socio-política. Los militares también han activado un programa de pagos en



metálico a los agricultores de arroz para compensarles por los bajos precios internacionales de esta materia prima, y van a retrasar la revisión al alza de los precios internos del gas para acercarlos a los internacionales. Estas dos medidas tienen un cierto tufillo populista y pretenden congraciarse al nuevo régimen con los campesinos y las clases más humildes, votantes tradicionales del clan Shinawatra. A pesar de que la mayor estabilidad política está propiciando la reactivación del turismo, el consumo privado se está viendo lastrado por el fuerte endeudamiento de las economías domésticas, que equivale a un 80% del PIB. Por todo ello, no se espera que el PIB en 2014 crezca por encima del 1,5%, en lo que será la tasa más baja de entre los principales países miembros de ASEAN (Indonesia, Malasia, Filipinas).

En los meses previos al golpe militar, Tailandia experimentó importantes salidas de capitales que debilitaron al Baht, que también se vio afectado por la decisión de los EE.UU. de iniciar el “tapering” o la reducción de las compras masivas de bonos del Tesoro. El retorno -provisional- a la estabilidad política tras el golpe ha frenado las salidas de capitales y ha reflatado algo la cotización de la moneda frente al dólar, algo



en lo que también ha jugado un papel la decisión estadounidense de retrasar una hipotética subida de tipos de interés que, posiblemente, no se produzca antes de la próxima primavera, como pronto. Las tres principales agencias de calificación dan a Tailandia el “Grado de Inversión” y ninguna de ellas ha rebajado el rating del reino tras el golpe militar. En ello ha influido la



notable solvencia externa del país, cuyas reservas de divisas equivalían el pasado junio a 6,7 meses de importaciones de bienes y servicios, siendo además superiores a toda la deuda exterior. Además, la deuda pública es moderada (no llega al 46% del PIB) y está en un 94% en manos de residentes, lo que disminuye la vulnerabilidad en caso de depreciación del Baht.

